

Aguas aéreas

Historia del cantante

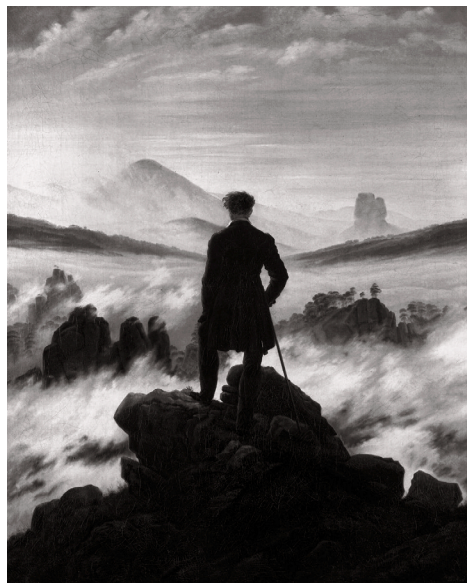
David Huerta

El cantante vivía en un departamento pequeño, discretamente amueblado. Un baño, una cocina diminuta, un dormitorio y una estancia formaban el espacio habitable, además había dos armarios para la ropa. Todas las paredes estaban pintadas de un color de nombre extraño: “blanco ostión”.

El cantante estaba conforme; vivía satisfecho del lugar. La estancia contaba con un sofá negro y estrecho, una mesa de centro y dos sillas de palo. El dormitorio tenía una cama individual y una mesita de noche. En el baño había una regadera, un lavabo y un excusado; el cantante le había añadido otra mesa, hecha de plástico, y aprovechó uno de los rincones para colocar el cesto dedicado a la ropa sucia: el cesto era negro, de mimbre, y la mesa también, con patas de alambre grueso.

El cantante deseaba tener un mueble de color verde, pero el dinero no le alcanzaba y debía conformarse con todos esos objetos, mal avenidos con su carácter ligero, de tenor lírico; los había heredado o se los habían regalado. De vez en cuando compraba flores y las ponía en un vaso alto de hoja de lata, en el centro de la mesa de la estancia o sala. Cuando entraba en la casa, de regreso de alguna diligencia, o en la noche, al término de sus ocupaciones, decía en voz alta y clara, sin dirigirse a nada o a nadie en particular: “Hola, flor”. Era un momento gris, un poco sordo.

El departamento estaba en el tercer piso de un edificio sin elevador, al fondo de un pasillo siempre oscuro, aun en los días más luminosos de la primavera o el verano. El cantante subía a paso lento las escaleras con pasamanos de metal y solía llegar exhausto, sin aliento, a la puerta de su casa; no se lo explicaba: sabía administrar perfectamente su respiración —era parte de su oficio y de



Caspar David Friedrich, *El caminante sobre el mar de nubes*, 1817

su vida, inseparables en el ámbito profesional de su arte— y podía darle clases de esa especialidad neumática a cualquier curioso del yoga. Pero a su casa, en el tercer piso, llegaba jadeante.

El cantante hubiera querido también poseer una guitarra, pero era imposible: el dinero no le alcanzaba. Seis veces había solicitado becas del gobierno para el desarrollo de su talento musical y de sus aptitudes pedagógicas; pero seis veces había sido rechazado con amabilidad y firmeza. No pediría la beca por séptima vez a causa de la superstición del número siete, cifra de la suerte: no deseaba “desperdiciarlo” con esa solicitud. Pero pensaba en ocasiones en el hecho siguiente: la guitarra tiene seis cuerdas —“se afina por cuartas”; pero esto no tenía ninguna relación con su vida—, seis solicitudes había hecho: era un acorde pleno, en Sol mayor. Su día era más parecido a las noches más silenciosas.

No era joven; rebasaba los treinta y cinco años y comenzaba a sentirse débil. Cantaba con entusiasmo en la regadera, pero debía “administrar sus fuerzas” para dar clases: todos los días hábiles de la semana, enseñaba a cantar a niños y adolescentes.

Casi ninguno de éstos sentía el menor interés por la música vocal o manifestaba un gramo de talento; las excepciones preferían ocuparse de músicas estridentes, repetitivas y vulgares.

El cantante vivía preocupado por su departamento; alguien hubiera dicho “obsesionado” en lugar de “preocupado”. Ese lugar despertaba en él inquietudes sin nombre, una especie de miedo a un destino de abandono y desolación; pero ese destino estaba cumpliéndose, lo quisiera o no, con miedo o sin él: el departamento era un sitio desolado, abandonado.

Los muebles, los enseres, los objetos de departamento eran, todos y cada uno, el testimonio de una especie de soledad microcósmica, a punto de despeñarse en las barrancas de una existencia *lumpen*, de bebedor miserable, de pordiosero, de mendigo harapiento, con un destino de noches baldías y hambre. El cantante lo imaginaba con una precisión majestuosa y hacía un ruido como un suspiro, un sonido grotesco salido de las anfractuosidades menos exactas de su garganta entrenada. Pero en realidad estaba cómodo y contento; no tenía “motivos de queja”: esa frase le sonaba como una pequeña sinfonía, una canción de un sobrio delirio en alturas frías, como en el cuadro famoso de Caspar David Friedrich. ¡Cuántas veces había visto a ese contemplador en la portada de libros innumerables! Era fascinante.

¡Cómo cantaría ante las inmensidades ese paseante de las cumbres nevadas!

No veía razones para empezar a beber, pero los fines de semana compraba una botella de sidra y se la bebía a solas, en la cocina, de pie, canturreando.

También cantaba a veces en las calles, en voz baja. Inventaba tonadas. Una vez había

leído en un poema polaco acerca de alguien ocupado en “inventar una vocal”. Eso hacía: trataba de inventar una vocal, una letra abierta de preferencia, un sonido inaudito. No pensaba mucho en cómo hacerlo; sencillamente trataba de hacerlo, con todas sus fuerzas. Necesitaba hacerlo de una manera “distráida”; era la manera la “distráida”, no él —pues él observaba minuciosamente sus cuerdas vocales y trataba de imprimir en sus gestos solitarios una hondura artística, una profundidad histriónica y ampliamente expresiva, aun cuando no fuera actor, ni nada parecido. Opinaba en su fuero interno: “sería una ocasión extraordinaria la creación de una nueva vocal”, por lo tanto era recomendable, de acuerdo con cierta moral ignorada, tener en esas ocasiones un gesto grave, profundo.

También veía las caras de la gente y trataba de imaginar canciones para cada una de esas extrañas o extraordinarias series de rasgos. Un aria para esa cara larga, un poco amarillenta; y para esa cara como hecha de pura ceniza, un rostro a punto de caerse deshilachado, un vals, un ritmo deslizante para el momento de tocar el suelo con esa nariz, con ese mentón asimétrico.

Caminaba y cantaba: dos actividades o una actividad doble. La sílaba inicial de los dos verbos era la misma: ‘ca-’, y si la repetía el sonido podría despedir un mal olor; prefería ahuyentar esa idea como se espanta una mosca. Esas cosas se le ocurrían sin falta en las tardes ociosas. Pensaba entonces: “soy tonto, no puedo lograr mucho, mi vida está confinada”. Esas conclusiones le daban un formidable alivio; eran una especie de salvación, una suerte de perdón absoluto de su existencia “confinada”.

Su canto era un murmullo apenas. Procuraba no elevar la voz para no llamar la atención de los transeúntes.

Su amiga María lo visitaba y le llevaba canastas de frutas. Habían sido compañeros en el conservatorio; ella estudiaba la *viola da gamba* y tocaba el segundo violín en un cuarteto. El cantante no estaba seguro de sus sentimientos cuando estaba con ella. Se confundía: hablaba de “sentimientos cuando estaba ella”, no de sentimientos inspirados *por* ella. Este asunto de las preposiciones lo hacía suspirar y recordar la escuela primaria, ¿o era la escuela secundaria?

La cara de María le recordaba un animal marino, pero no podía decir cuál.

—¿Te gusta el pérsimo? Traje dos; podemos comer uno cada uno.

—¿Pérsimo? ¿Es una fruta?

—Claro, tonto. Mi maestro de viola dice: “es la Bagdad de las frutas”. Eso me gusta. ¿No te parece bonito?

—Bonito...; ¡*bonito!*, vaya. Sigues hablando como una adolescente.

—A lo mejor soy una adolescente todavía.

—Y yo soy un viejo gruñón.

—¡Sí lo eres!

Se intercambiaban bromas y comentarios sobre sus hábitos, sus manías, sus ideas fijas. María trataba al cantante como un camarada o como a otra mujer. Él no sabía si todo eso le gustaba; pero cuando ella se iba, él se quedaba un rato largo viendo la puerta o el techo, se levantaba a arreglar la ropa sucia y pensaba en el mar donde ella viviría si fuera una criatura oceánica. Se imaginaba ondulaciones submarinas, inflamaciones verdes, húmedas y saladas.

María le inspiraba al cantante un sincero afecto, teñido de recuerdos agradables de los tiempos escolares. Su conversación giraba en torno de esos años y de algunos incidentes mediocres de los tiempos presentes; los acontecimientos de la ciudad, del país o del mundo eran algo distante y melancólico, un poco amenazante: no sabían nada de política ni les interesaban estos temas; los dos se sentían incomprendidos y lamentaban su suerte, pero a nadie culpaban.

Había, empero, una diferencia notable en sus vidas: María era de una familia rica y el cantante no tenía sino parientes en una remota provincia, y era pobre. Avergonzado hasta la raíz del pelo, una vez le había pedido a María un poco de dinero para pagar la renta; ella se lo había prestado sin aspavientos. Él le había pagado hasta el último centavo de esa deuda. Ahora, de un tiempo a esta parte, él le solicitaba una “ayuda” para ir la pasando o para cubrir gastos indispensables, y ella siempre respondía con generosidad, puntualmente. La sombra del dinero nunca oscureció su amistad. Eso le gustaba repetir al cantante cuando estaba solo: “La sombra del dinero nunca ha oscurecido nuestra amistad”. Le gustaba el tono

de esa declaración: era sobria y elocuente a la vez. Podía componer una canción con esas palabras pero nunca se decidió a hacerlo.

Un día el cantante se despertó con una serie de coros en la cabeza. Eran músicas vibrantes y magníficas. Y lo más sorprendente era esto: las letras de los cantos, palabras y palabras, eran como una corriente eléctrica. Una auténtica inundación. ¿De dónde podrían haber llegado? Es cierto: en una época había leído mucha poesía, de un modo desordenado, con avidez, casi se diría vorazmente. Pero había pasado. No alcanzaba a comprender de dónde le llegaban esos coros, esos torrentes de palabras, esa catarata de modulaciones. Se decía “estoy como poseído” y caminaba por la estancia, iba a la cocina, se metía en el baño con esos sonidos y esas palabras en la cabeza.

Palabras sueltas lo rodeaban: “Kyrie”, “resurrección”, “abismo”. Formaban hileras desordenadas en su cabeza y se componían fugazmente para trazar una línea melódica, un verso cantado en silencio. No conseguía atraparlas y darles un orden fijo y fluido, consistente. Se difundían como las ondas tenues del agua en una alberca o en un pequeño lago: esa agua plácida y rozada por los coros o himnos, por el ímpetu de su imaginación, era su mente cantarina.

Una palabra se destacaba, empero, de las demás: “María”, el nombre de su amiga: el nombre de la Virgen. Quiso cercar el recuerdo de esos versos tantas veces recordados, dichos a su amiga cuando la conoció:

Si el mar que por el mundo se derrama
tuviese tanto amor como agua fría,
se llamaría, por amor, María,
y no tan sólo mar, como se llama.

Había música en las habitaciones, líneas de un murmullo azul en la garganta de la viola, resonancias en forma de feroces jilgueros —y una ola de hilos alrededor de la soprano callada. Luego ella levantó la voz y era como si de su mano o de su cuello blanco se desprendiera un agua de óvalos y húmedas perfecciones en el sello gutural de un *la*, de sus elevaciones y descensos en la transparencia, en el temblor de cuerdas de un día sonoro.

Esto soñaba el cantante, en un desorden magnífico. **U**